

---

# ESTUDIOS

## LAS RAICES HISTORICAS Y SOCIO-IDEOLOGICAS DEL RACISMO

---

GERARDO PIERRE-CHARLES

### I

#### LAS EXPRESIONES TEORICAS DEL RACISMO

Dentro del campo de las ciencias sociales, también reviste el racismo un ropaje científico. Pretendió servir de base racional, ética, positivista y objetiva a la nueva jerarquización metrópoli-colonias que habían construido, a su provelho, las naciones europeas.

Esta jerarquización y el sistema motor que lo había promovido eran cuestionados por el marxismo que ofrecía una explicación científica del capitalismo como fenómeno histórico. En efecto, Karl Marx y Federico Engels, en estos mismos años, con el Manifiesto Comunista (1848) denunciaban el carácter profundamente inmoral de este sistema movido por el afán ilimitado de lucro. El materialismo histórico situaba el motor de la historia en la lucha, movida por intereses económicos, de unos grupos de hombres sobre otros. Esas tesis eran anti-capitalistas, anti-colonialistas y por lo tanto anti-racistas. Iban en contra de la ética construida por el capitalismo.

Como lo señala Gilbert Yaret en su libro *Racism et Philosophie* la idea de raza carece de precisión y de consistencia. Está incapacitada para luchar en igualdad de condiciones contra la noción de clase. El racismo supuestamente científico resulta una respuesta al marxismo, que procura construirse en base también a una visión científica del mundo. Se exige en contra de esta visión explicativa, tanto de la explotación como de la opresión racial.

Esta diferenciación subraya que en la evolución de la ideología y del pensamiento socio-político contemporáneo habrá a nivel filosófico, una oposición entre la "visión de raza" y la de clase. Quienes se fundamentaron en la primera para proponer el mito de la superioridad o de la inferioridad racial, de la opresión de un grupo de hombres por otro, con características étnicas y raciales diferentes, o bien tomando partido en contra de la opresión racial, ven solamente con antelación los rasgos físicos, el portrait del opresor y los rasgos correspondientes a sus congéneres oprimidos... Y, por otra parte, hay quienes detrás o en correspondencia con la opresión racial ven la explotación económica camuflada, racionalidad, justificada por el mito de la superioridad o de la inferioridad racial.

Esta diferenciación se proyectó asimismo en el terreno del enfoque analítico y metodológico, de la selección de criterios prioritarios, para el examen de cualquier encuentro entre sociedades etno-racial y culturalmente diferentes.

La visión clasista, por su parte, privilegia la instancia de la sociedad global definida en términos de ordenamiento socio-económico y de relaciones de subordinación con la sociedad dominante. Aparecen entonces determinados factores etno-culturales y raciales que

confieren sus especificidades a la relación de diferenciación, segregación y opresión racial propios de la condición colonial. La visión de raza aparece aquí como una variante desnuda de un enfoque etno-cultural más generalizado. Dicho enfoque evita exteriorizar el factor raza, otorgando prioridad más bien a los factores intrínsecos de la sociedad diferenciada, así como a las implicaciones culturales de dicho encuentro desigual.

En las sociedades que han registrado en su pasado el impacto del racismo y que guardan todavía las secuelas del racismo, ambos planos analíticos se han superpuesto frecuentemente. Llegan así a ocultar la motivación esencial del racismo, que es económica. La respuesta al racismo pretende entonces privilegiar los factores de índole cultural y racial. Pero también resulta anti-científica: expresa el afán de dar prioridad a los factores clasistas, sin otorgar todo el peso que merece el factor racial.

Engels decía que "la raza misma es un factor económico". Esta dimensión histórica del concepto de raza tiene en cuenta la imbricación de los factores raciales y económicos en el



universo colonial, neocolonial e imperialista. Nos señala también que este factor tiene una autonomía real. Las aportaciones teóricas recientes de numerosos estudiosos del Tercer Mundo han contribuido a subrayar dicha implicación, así como las diversas variables determinantes y condicionantes que se proyectan como hipoteca histórica y elementos de auto-determinación de los pueblos que han sufrido la opresión racial.

## A. La Raza como motor de la historia y de la sociedad

Esta doctrina racista está expuesta con claridad por Arthur Joseph de Gobineau en los siguientes términos en su ensayo (1853-1955): "La cuestión étnica domina todos los demás problemas de la historia y es la clave de la misma. La desigualdad de las razas basta para explicar todo el encadenamiento de los destinos de los pueblos".

La doctrina de Gobineau inspiró avanzadas teorías antropológicas, etnológicas y sociológicas. Uno de los temas centrales de la misma, el de la aculturación, no sólo tiene un interés académico, sino que está directamente al servicio de la penetración colonial. Este aspecto utilitarista de la ciencia social aplicada resulta válido tanto en la etapa del "*direct rule*", es decir de la conquista y la colonización militar, como también en la del "*indirect rule*". No sólo sirvió para las lejanas colonias africanas y asiáticas, sino también para la "colonia interna", que representa la comunidad negra en los Estados Unidos, y los campos de experimentación constituidos por los espacios poblados por los indios americanos y negros en América del Sur y el Caribe.

La expresión más directa de este concepto la dan los antropólogos británicos, que la identifican con la operación colonial de la adaptación del blanco a este mundo primitivo. Según estos especialistas de la colonización, una vez pasada la etapa de la negrofagia, consumida mediante la pólvora y el terror, hace falta ayudar a los indígenas a mejorar su situación. James Hunt (1865) lo expresa claramente refiriéndose a los negros que "no pueden volverse más humanos y más civilizados sino gracias a los europeos".

La concepción dominante que inspira y orienta la reflexión sociológica desde entonces es el *darwinismo social* de Herbert Spencer. Esta concepción aplica al desarrollo de la sociedad las reglas de la lucha por la existencia del reino animal y vegetal, lucha que lleva a la supervivencia de la raza más fuerte. "Por lo tanto, la lucha de la raza blanca contra las demás razas es inevitable y estimula el progreso". La antropología estadounidense, por su parte, elabora sus teorías a partir de esas mismas tesis desarrolladas por F. Boas (1896), Frickeberg (1910) y Reginald Radcliffe Brown, cuyo libro *Method of Social Anthropology*, como lo denuncia Kathleen Gouch, fusiona los intereses académicos con los del colonialismo.

La antropología se da la mano con la etnología; ambos caminan junto a los poderosos intereses económicos y políticos de la expansión imperialista. El proceso de transformación y enajenación es llamado *social change*. Con ello, la cultura dominante adecúa la cultura dominada a sus normas de vida, sus patrones y escalas de valor.

## B. La elaboración teórica de la inferiorización-segregación.

La sociología norteamericana de fines del siglo XIX y principios del XX se orientó a demostrar la inferioridad del negro. Ello tenía como objetivo la segregación y persecución sistemática de los elementos de vanguardia de la comunidad negra que pretendían romper algunos tabús raciales. Es importante recordar que desde 1865 había nacido en Tennessee el Ku Klux Klan, anuncio del régimen de *apartheid avat la lettre* que iba a caracterizar la dominación de la población negra por el poder del capitalismo.

Este lazo íntimo entre la opresión racial y el avance "científico" de las tesis racistas

en sociología, es reseñado por Rhett S. Jones en el libro *The Death of the White Sociology*. Según este autor la demostración de ello se basa en tres criterios fundamentales:

- a) La antipatía natural de los blancos para con los negros, que no puede ser sino reflejo de la inferioridad de estos últimos, ya que los primeros tienen reconocido buen juicio y olfato;
- b) las mismas condiciones de vida de los negros;
- c) las características y rasgos físicos de los negros.

La literatura sociológica norteamericana entre 1870 y 1930 sostiene firmemente estas tesis con los trabajos de Shaller (1896), John Mecklin (1913), Alfred Holt Stone (1908-1916) y otros eminentes profesores universitarios y colaboradores de las principales publicaciones científicas. Según Mecklin "el negro es desesperadamente inmoral", mientras que para Reuter los "mulatos han tenido más éxitos que los negros por estar más cerca de los blancos".

Estas reiterativas afirmaciones no contribuyen al lavado de cerebro de los negros, quienes nunca más parecerán aceptar el dogma de su inferioridad. No obstante, su propuesta y resistencia se ven sumergidos en la imposición universal, racional y violenta del racismo, Rhett S. Jones, basándose en el volumen y calidad de la producción intelectual de los negros americanos, muestra que la misma parece indicar que en 1870, es decir a poco de concluirse la Guerra de Secesión, éstos tenían más confianza en sí mismos que en los años 1930. En este último período, los mismos científicos sociales negros parecían haber llegado casi a aceptar la tesis de la inferioridad. En el ámbito intelectual y científico negro, imperaba la actitud propia de la famosa novela de Harriet Beecher Stone, *La Cabaña del Tío Tom*, de resignación, de aceptación impotente de la total supremacía blanca. Esta línea de pensamiento académico y el discurso ideológico racista en general, culminan en el período de transición entre los dos siglos, dominado por el incontestable poder del Occidente cristiano. En este marco, con la franqueza que suelen usar los portavoces autorizados de los imperios poderosos como Inglaterra, entonces en el zenit de su poderío, Houston Stewart Chamberlain en *The Genesis of XIX Century* recoge y vuelve a sembrar la vieja semilla de la superioridad germana cultivada por Fichte, Nietzsche, Hegel, Shopenhauer y Gobineau.

Esta herencia doctrinal, que exalta el papel de la obra civilizadora y salvadora del género humano, es violentamente sacudida por el impacto que significó a escala mundial la revolución bolchevique de 1917. El espectro de la revolución social, al amenazar a la misma Alemania, robustece la teoría de la lucha de clases como fuerza determinante del desarrollo de la humanidad. Asimismo, esta revolución y la conmovición que suscita en las naciones asiáticas colonizadas (en particular en la India y China), cuestionan la perennidad del dogma racista. Es entonces cuando en los periódicos ingleses, a raíz de la rebelión de los chinos contra la dominación extranjera (Guerra de los Boxers), se habla del *peligro amarillo* que amaga la civilización europea. En este período crece la reacción racista. En 1921, el sabio Lapouge aboga por la aplicación de métodos eugenésicos para sustituir a los africanos, los asiáticos y a los mismos blancos de "raza inferior" por blancos de raza superior. En este mismo lineamiento, Adolfo Hitler en *Mein Kampf*, manifiesto del racismo delirante y genocida, reclama su trabajo como parte del pensamiento científico. En este mismo año L. Stoddard publica un libro con el sugerente título: *Le Flot Montant des Peuples de Couleur contre la Suprématie Mondiale des Blancs*.

Dentro de este contexto, la sociología norteamericana destaca por sus nuevas aportaciones racistas. Robert E. Park y Ernest Burgess, dos influyentes sociólogos de la famosa Escuela de Chicago, en su *Introduction to the Science of Sociology*, apuntan: "El temperamento del negro consta de algunos rasgos elementales pero distintivos, determinados por su organización física y transmitidos biológicamente; estas características se manifiestan en un interés por las situaciones externas y físicas, más que por los estados subjetivos y los

temas de introspección; es una disposición para la expresión más que para la acción". Reuter (1972) por su parte reitera que "el negro es bárbaro y servil y ha nacido de la nada". Así se fue renovando y reforzando una larga herencia ideológica de prejuicios y estereotipos que muestran a los negros como un grupo desorganizado, patológico aberrante, con típica depravación cultural y de inferioridad nata.

Con estos supuestos, la etnología y la antropología estadounidense habían puesto énfasis, desde principios de siglo, en la necesidad de los estudios africanos. Aumentaba el interés, tanto por conocer mejor las raíces culturales y de comportamiento del negro americano como, y sobre todo, para los fines expansionistas de la gran potencia, que habiendo llegado tarde en el reparto del mundo, miraban con codicia las colonias de las viejas potencias europeas. Los conocidos africanistas Melville Herkovists, Vernon McKay y William Brown se dedicaron al estudio de Africa, disponiendo para ellos de fondos considerables provenientes del Departamento de Estado, o de otras agencias gubernamentales o privadas. Esta antropología cultural, como lo ha demostrado muy bien Gérard Leclerc, se dedicó a aprender, cómo tratar, dominar y aculturar a los indígenas. Las herencias británica y francesa, cultivadas durante años desde Evans Pritchard, fueron recogidas como teoría y método. Además, en la ciencia social norteamericana en su totalidad se había impuesto el funcionalismo de Talcoot Parsons, que dominó la sociología en forma exclusiva, hasta los años 60 en que empezó a ser cuestionado. Esta teoría, "la gran teoría" como la llama C. Wright Mills; heredera del organicismo de Spencer, proponía una explicación globalista al funcionamiento de los "sistemas sociales" que ignoraba las contradicciones sociales. Con la sutileza de una construcción teórica hábilmente elaborada, el funcionalismo explicaba de manera racial la lógica funcional de equilibrios y disfunciones de las estructuras sociales, así como el lugar ocupado por cada subsistema en un conjunto socio-cultural. Esta misma teoría, conformada según la misma jerarquización imperante en la sociedad norteamericana, colocaba implícitamente a los negros, los indios y los blancos como tantos otros subsistemas, segmentos, estratos que desempeñan determinadas funciones. Por lo tanto, el lugar del negro en esta sociedad era racionalizado por su cultura propia y su experiencia. Asimismo el funcionalismo y la antropología cultural ofrecían una base de carácter etno-cultural para explicar las desigualdades raciales, ampliando su enfoque a las sociedades indígenas latinoamericanas, asiáticas y africanas. También servían de disciplina metodológica para los científicos sociales de los países dominados, formados en el universo anglosajón, educados de tal modo que se vieran como parte de esta humanidad inferior, siendo privilegiados por la amistad y el *Know how* de los amos blancos.

### C. Nacionalismo cultural: ¿Los factores de raza o de clase?

La práctica histórica del racismo y las teorías elaboradas por los racistas blancos, identificaban como inferiores a todos los seres de otra raza sin distinción de su respectiva clase. Con esta visión totalizante, las élites coloniales y neocoloniales reaccionaron con inconformidad. Se dieron como tarea, instrumentar todo un cuerpo doctrinal susceptible de permitirles tomar su distancia frente a las masas indígenas, negras, indias, no blancas en una palabra; y al mismo tiempo, valorizarse, mediante la exaltación del nacionalismo cultural, frente a su *partenaire* metropolitano. Dos expresiones ideológicas de esta actitud han marcado la evolución de las ciencias sociales contemporáneas. En primer lugar, la corriente conocida en América Latina como indigenista; la segunda, la que se desprende del movimiento literario y cultural de la negritud, el cual se extendió desde las esferas vanguardistas negras de las Antillas y de América, hacia el continente africano, ampliando su influencia al conjunto de la población negra del orbe.

Esas expresiones provienen de las élites, pero de todos modos se desprenden de la

historia de la resistencia a la opresión, manifiestan incluso que estas élites, que deben su existencia a su mismo papel de intermediarios al servicio de la estructura del poder dominante, deben invariablemente remitirse al transfondo cultural del pueblo para recobrar su propia personalidad como élites.

Como se sabe, en todo el universo colonizado, las masas autóctonas se refugiaron en la fortaleza de su etnia milenaria para subsistir, nutrir su resentimiento, emprender el largo camino que dura aún para su liberación. En el continente americano, en donde se dió el primer encuentro entre el blanco y estos "seres inferiores" engrosados por los flujos africanos, fue en donde se dieron también los primeros pasos de esta resistencia. Los pueblos del Caribe, de América del Norte y del Sur, levantaron el arma de la indianidad combatiente y de la reivindicación libertaria del negro. "En la resistencia ideológica a la conquista, la afirmación física y cultural del indio, y luego del negro, se fue adquiriendo el perfil de lucha nacional". Esta afirmación adquirió, si no una esencia, un contenido, una expresión popular antiblanca. En donde quiera que la lucha se desarrolló en contra de un amo blanco, las masas al identificar a sus dominadores como blancos, hicieron de su cultura autóctona un arma y una motivación para esa lucha. En Haití, convertida en la más rica de las colonias francesas, se dió la primera confrontación negro-blanco de la historia. Los esclavos apelaron a sus dioses africanos para luchar en contra de los dioses blancos de la esclavitud. La Guerra de la Independencia de Haití se desató con una ceremonia *vodu*, es decir bajo el signo de la africanidad. En la independencia de la América Hispana se unieron mestizos e indios en afirmación del americanismo.

Este indigenismo rebelde dió a los procesos de formación de las nuevas nacionalidades un elemento popular. Aseguró la base de la cultura nacional en esas nuevas entidades; esta cultura había sido violada por la imposición cultural occidental y la nueva cultura criolla enajenada que surgió de la aculturación. Mientras tanto, como lo señala Aguirre Beltrán, "—como resultado inevitable de la forzada incorporación de una gran masa india en la sociedad nacional el mestizo emergente tuvo una base sólida de constante robustecimiento, y para fines de la centuria pasada había logrado adquirir la posición de una nacionalidad dominante—".

Este ascenso se realizó a escala continental donde quiera que las oligarquías o las nuevas élites criollas, mestizas o ladinas, emergieron como clases dominantes adoptando los patrones de comportamiento, sistemas de valores y las formas culturales europeas (literatura, pintura, filosofía, ideas religiosas). Por otra parte, esas clases dominantes tuvieron siempre una actitud despreciativa frente a la cultura popular indígena negándole todo el valor estético e incluso la categoría de cultura; considerándola como manifestación más bien de salvajismo o de ignorancia. Reflejo—imitación, bovarismo intelectual, complejo de inferioridad, enajenación mental, racismo en contra de su propia raza: tales fueron los modelos de conducta de estas élites. Estos modelos, que fortalecían el impacto histórico de la dominación extranjera, llegaron a influir profundamente sobre la conciencia colectiva de los "pueblos nuevos". Las sociedades "indígenas" siguieron subyugadas y traumatizadas por el racismo colonial y neocolonial.

La reacción antirracista de las élites intelectuales más avanzadas comenzó a darse a fines del siglo XIX. Resultó tan débil, tan ahogada en la noche suprema de la dominación ideológica blanca, que apenas logró sobresalir. En efecto, como respuesta a las tesis de Gobineau, algunos estudiosos haitianos, Louis Joseph Janvier, Hanibal Price, Antenor Firmin, publican trabajos científicos sobre la igualdad de las razas. Esta intervención de intelectuales haitianos en defensa de la raza negra se entiende muy bien cuando se recuerda que Haití fue la primera nación negra del mundo en constituirse (1804). Por ello sufrió largo tiempo el ostracismo del mundo blanco. Sus elementos más avanzados se sentían obligados a desafiar cualquier referencia a la inferioridad de la raza negra, en la medida en que los

haitianos habían mostrado superioridad frente a los blancos en la confrontación militar y política que dio lugar a la independencia de su país. También por ser Cuba y Brasil los últimos países con importante población negra en que se abolió la esclavitud (1880), la reflexión anti-racista se dio precozmente en ellos. El erudito y revolucionario cubano José Martí, se manifiesta recurrentemente en sus ensayos contra la tesis de la desigualdad racial. Los norteamericanos Frederic Douglas, Paul Laurent Dumbart y W. E. B. Dubois, por no citar más que a estos autores, empezaron a declarar al negro como creador de la cultura en sus obras de carácter africanista. No obstante, y por tiempo, la supremacía ideológica blanca siguió imperando. El discurso ideológico se disfrazaba de ciencia para desvalorizar a las razas inferiores. Solamente a partir de los años 1920, las reflexiones reivindicativas empezaron a configurar una respuesta tímida y contradictoria a la ideología dominante. Integraron así en su alcance —sino en sus métodos— una corriente sociológica de resistencia, de nacionalismo cultural, representativa para el indigenismo latinoamericano y sobre todo para la negritud.

Conviene subrayar que éstas son corrientes abanderadas por la pequeña burguesía intelectual influenciada en su formación por las metrópolis culturales. Se sitúan en el mismo plano cognoscitivo y metodológico, de carácter etnocultural, en que se mueve el racismo. Por el mismo período, en China y en la India las expresiones del nacionalismo se desprenden de la protesta popular contra el orden económico, político y cultural y adquieren una dimensión global directamente integrada a la lucha anticolonial de sus pueblos.

En América Latina, el indigenismo de los años 1920–1930 constituyó un momento de la toma de conciencia por ciertas vanguardias intelectuales latinoamericanas de la necesidad de revalorizar la herencia cultural nacional-indígena; la necesidad de manifestar también la riqueza de dicho patrimonio, aval del *background* cultural de esas vanguardias; y de la capacidad de las mismas para tratar en plan de igualdad a las élites blancas europeas. El indigenismo nació en México como una de las corrientes ideológicas suscitadas por la revolución de 1910–1920 y fue impulsada por la pequeña burguesía intelectual: Manuel Gamio, quien escribió en 1916 *Forjando Patria*, Miguel Othón de Mendizábal, Alfonso Caso, Aguirre Beltrán, Ricardo Pozas y un grupo de antropólogos dedicados a la obra de promoción de los grupos étnicos indios. El indigenismo se dilató entonces por los campos del arte, la literatura, etc., hasta constituir una formulación de gran importancia en cualquier evaluación del pensamiento social mexicano contemporáneo.

De hecho, el indigenismo seguía como formación teórica los patrones de la antropología cultural norteamericana. Definía al indio en términos no de opresión social, ni aún de opresión racial, sino más bien por sus características etnoculturales de grupo no incorporado a la civilización occidental. Por lo tanto, los protagonistas del indigenismo tomaban distancias respecto al indio, situado al margen de ellos. En sus planteamientos teóricos reivindicaban el patrimonio cultural del indio, y señalaban a la burguesía ascendente, nueva élite mestiza, la necesidad de recuperar en su provecho dicho patrimonio. Esta recuperación reforzaría su posición nacionalista como élite detentora de una larga tradición cultural. Asimismo, le permitía a esta élite paternalista presentarse como protectora del indio y asumir algunas de sus reivindicaciones. Así, el nacionalismo cultural constituiría la exclusiva expresión de esa burguesía ascendente en busca de legitimidad en su posición de poder tanto frente a los tradicionales grupos dominantes blancos, como hacia los mismos indios marginados, lentamente incorporados como campesinos proletarizados a la sociedad nacional. Esta postura paternalista coadyuvaba al no cuestionamiento del sistema.

La negritud se inserta también en la esfera de la reflexión y expresión de las élites intelectuales negras, deseosas de ofrecer una respuesta al racismo. Esta no podía ser política ni socio-económica: lo impedía el mismo peso abrumador de la dominación capitalista blanca. En los escenarios como el Caribe, los Estados Unidos y Brasil, la cultura negra oprimida había encontrado en el arte formas de expresión que manifestaban su descomunal vitalidad y nutrían objetivamente las elaboraciones teóricas anti-racistas. Así apareció la



"negritude". Era una forma de expresión literaria, y también una teoría etnocultural, fundamentada en la tesis de la prioridad de la motivación racial en la esclavización y opresión del negro. El racismo, explicación sociológica ofrecida por y para la colonización, presentaba la inferioridad del africano como legitimación moral del trato infligido por el blanco... La negritud se orientaba a demostrar la no inferioridad, sin preguntarse si la motivación misma avanzada era la real, sin considerar que esa casualidad podía no ser y no era la determinante. Se dejó llevar así al terreno de la trampa ideológica tendida por el mito racista. Procuró responder a la tesis racista de la inferioridad del negro con argumentos también de carácter racial o etnocultural, esforzándose en reivindicar, recuperar y exaltar los valores culturales del



africano y del negro. Aceptó como un dato metafísico absoluto la autonomía relativa de la cuestión racial en la dinámica de las relaciones históricas entre Europa capitalista y los demás continentes y de las relaciones interraciales.

Esta orientación procedía de toda una concepción y actitud filosófica que negaba o disminuía la importancia de las relaciones de clases, de la explotación económica en el acontecer social e internacional. Por lo tanto, las obras producidas en la literatura, el ensayo sociológico, la teoría y la práctica política, tendían a menospreciar o pasar por alto la dimensión global de los fenómenos de opresión y de discriminación racial. Los teóricos o protagonistas de esta escuela eran intelectuales ligados o condenados a depender de la estructura del poder burocrático y socio-económico blanco. Sus expresiones colectivas traducían la cólera de una comunidad racial históricamente humillada, lo que estimulaba la toma de conciencia racial de esta comunidad. Sin embargo, no podía, sino con contadas excepciones, llevar esta conciencia racial a nivel de la gesticulación filosófica y del grito angustiado del "intelectual negro en apuros" (R. Bastide). Fue Jean Paul Sartre quien, interpretando el sentir de la "negritude" en sus primeras manifestaciones con Aimé Césaire, Léopold Senghor, Alioum Diop, León Damas, la definía "como el Ser-en-el-mundo del negro"; "ciertas cualidades comunes a los pensamientos de la conducta de los negros... Es el estado de ánimo de los negros".

Esta definición y esta corriente seguían inspiradas en toda la doctrina behaviorista etnocultural cuando en los postulados racistas se otorgan al negro la facultad exclusiva del sentimiento y de la expresión. Por lo tanto, poco contribuía a la explicación sociológica del negro en su presente histórico y del mundo negro en su complejidad. En el terreno literario, la negritud inspiró una abundante obra poética, teatral y novelesca. Toda esta producción del "retorno a Africa" manifiesta el problema social y racial del negro transplantado y marginado. En las ciencias sociales, constituyen insignes aportaciones al conocimiento científico del negro americano la obra y los nombres de Marcus Garvey, W.E.B. Dubois, Jean Price Mars, Arthur Ramos, Edisón Carneiro, Gilberto Freyre, Roger Bastide, Florestán Fernández y Octavio Ianni. Tales estudiosos negros y blancos se han dedicado no sólo al inventario de la africanidad en el continente, sino también al estudio de esta gran creación humana, social, cultural que ha representado el encuentro del africano con el indio y el blanco en la formación de esta humanidad americana de incommensurable riqueza cultural, racial y étnica.

Fuera de estas aportaciones, la negritud ha puesto de relieve un estado de ánimo propio de las élites negras que no tiene nada de poético, de filosófico ni de negro. Un estado de ánimo racista en el fondo, del negro convertido en blanco, empeñado a suplir a éste en el aparato colonial o servirlo en el marco de un neocolonialismo demasiado evidente. Ese afán de acceder al poder se traduce en la disposición de seguir con el régimen de explotación económica, la opresión racial y el terror político en contra de las mismas masas negras en nombre de las cuales esas élites pretendían reivindicar la negritud.

A este nivel, el nacionalismo cultural, sugerido por el indigenismo y proclamado por la negritud aparecía en sus implicaciones sociológicas y sus aplicaciones prácticas como una expresión ideológica más de la estructura imperial del poder y del sistema capitalista contemporáneo.

## II HACIA UN ANTI-RACISMO MILITANTE

En las últimas décadas empezó a manifestarse el contrapeso teórico y práctico tanto al racismo como a la concepción del nacionalismo cultural presentado como "racismo anti-

racista", palanca ideológica ésta para el acceso de la oligarquía indígena a las posiciones de poder. Hace falta referirse aquí a las posiciones del etnólogo y marxista haitiano Jacques Roumain quien, desde los años 30, insistía en la necesidad de ligar indefectiblemente la instancia racial a la socio-económica; la dimensión raza oprimida con la de clases, pueblos y naciones sometidos por el capitalismo. Esta primera fue seguida por otras tentativas de combinar, para el análisis de la dinámica social de las sociedades coloniales y ex-coloniales, el enfoque analítico de razas y el de clases en el marco determinante del sistema de producción dominante en el mundo.

El desarrollo del pensamiento social se dio a medida que el desarrollo de la lucha anticolonialista, consecutiva a la Segunda Guerra Mundial estimulaba la reflexión en torno al racismo. El desarrollo del pensamiento social anti-racista constituía a la vez una crítica y una prolongación de las teorías del nacionalismo cultural. Una de sus expresiones más profundas y radicales es aún la de Frantz Fanon en sus escritos clásicos sobre el tema; otro tanto constituyen las obras de numerosos revolucionarios e intelectuales del Tercer Mundo como Stanislas Adotevi, René Menil, René Depestre y otros. Al asumir la posición de ciudadanos pertenecientes a naciones racialmente oprimidas y explotadas por el capitalismo y el imperialismo, estos autores ligan indefectiblemente esas dos instancias de la realidad nacional de los países dependientes, uniendo el combate contra la opresión racial con el de la liberación nacional y el socialismo.

Resultan sumamente variados los matices de esta corriente teórica. Por lo general, giran simultáneamente alrededor de los polos cognoscitivos y operativos de la raza o de la clase; el producto de ello son algunas expresiones más raciales que clasistas, o más clasistas que raciales. En su trayectoria militante esta corriente ha animado a ciertos núcleos del movimiento anticolonialista en Africa, del *Black Power* en Estados Unidos, en Trinidad-Tobago y en Jamaica. Es decir, en la rebelión de la pequeña burguesía radical negra de algunos sectores marginales de las sociedades dominadas.

Este campo de la reflexión científica avanzó durante los años '60 en el estudio del fenómeno de la dominación-dependencia. Los adelantos de esta sociología latinoamericana en particular del conjunto de las ciencias sociales en el Tercer Mundo, así como los derivados políticos e ideológicos de las mismas, llegaron al análisis de las estructuras socio-económicas que se desprenden del fenómeno.

Esta línea de investigación coadyuvó al conocimiento de la esencia y dinámica de las relaciones de dominación-dependencia. Ellas aparecieron como la matriz del subdesarrollo de las naciones de Africa, Asia y América Latina. Los avances en la comprensión científica de la línea causal desarrollo-subdesarrollo, sin apuntar directamente a ello, minaban las bases mismas del racismo. Este, al afirmar la supuesta incapacidad del hombre no blanco para acceder al progreso, presentaba la relación colonial como parte del "fardo del hombre blanco" y de la misión civilizadora del Occidente. El situar la miseria, la ignorancia y la falta de progreso de los pueblos subyugados en el mismo fenómeno de la dominación-dependencia quitaba todo fundamento doctrinal al dogma de la incapacidad de los pueblos no blancos. Poco a poco, este planteamiento de fondo fue avanzando hacia la hipótesis fundamental de que el racismo está intrínsecamente ligado a este sistema capitalista mundial. Por ello, sólo desaparecería cuando desaparecieran sus causas fundamentales, la motivación primera que le diera lugar.

A un nivel todavía de mayor participación en la historia y en la ciencia —clave del progreso y del bienestar de los hombres y de los pueblos— se ha impuesto en el mundo contemporáneo la corriente teórica de la revolución anticolonialista y antiimperialista como máxima expresión del marxismo militante. En ella, la teoría social sobre el racismo y el antirracismo se desprende de una praxis revolucionaria que, aunque no se hace en nombre de la raza, contribuye sustancialmente a suprimir las raíces del racismo; éste puede contemplarse en sus expresiones coloniales, como en los casos de Guinea, Mozambique y

Angola, o en sus expresiones neocoloniales, anticapitalistas y antiimperialistas, como fue el caso de Cuba. En este último cuadro, la teoría y la práctica social llegan a atacar primero la causa histórica del racismo, lo que hace desaparecer las condiciones sociales e ideológicas que le diera lugar. La sociología de las relaciones raciales es inseparable de la sociedad de la revolución social.

## RACISMO EN LA ESCUELA VENEZOLANA

RAUL ABZUETA  
ALEX SALOM



El contraste entre la continua referencia a una sociedad democrática igualitaria y las evidentes manifestaciones de discriminación social en diferentes ámbitos hacia las personas de